

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

LA ARGENTINA SIN LIBERTAD

DESDE la tribuna de los centros estudiantiles, en las Conferencias Panamericanas y en las columnas de la prensa, el grupo de muchachos y hombres que formamos la Federación Latinoamericana, hemos sostenido nuestra solida convicción iberoamericana y nuestro repudio a la política económica que desarrollan los Estados Unidos del Norte para ruina de nuestra América. Uno a uno, nos ha sido fácil denunciar ante la opinión pública de un sector del pueblo norteamericano, los atropellos que realiza el dólar salvaguardado por una bandera que antaño fuera símbolo de libertad y que ahora lo es del imperalismo más brutal y materialista que haya conocido el mundo. Durante los recientes sucesos producidos en Haití y en Nicaragua, nuestra respetuosa, pero firme protesta, llegó a manos del señor Presidente de la Unión, y otras más le habrán llegado para advertirle que los móviles que guían a su Gobierno para sostener al tirano de Cuba, son del conocimiento de todos los que se preocupan por la suerte de nuestras nacionalidades. Y, sin embargo, fuerza es decirlo, nunca el gobierno norteamericano tuvo la ocurrencia de hacernos encarcelar o deportar, ni aun siquiera nos fueron cerradas las puertas de las Universidades.

Recordamos que en un debate celebrado en el salón de actos de la Casa Internacional, en Nueva York, con alumnos y profesores de la Universidad de Columbia, uno de estos últimos, que actuaba de presidente en el debate, perdiendo momentáneamente el control de sus nervios al sentir que los teníamos féreamente aprisionados en las mallas tejidas con sus propias teorías de falso humanitarismo e inmovilizados con el peso de un montón de cifras y datos sabia y prolijamente acumulados por sus diversas oficinas de estadística e investigación de ne-

gocios extranjeros, nos lanzó a la cara, como sincero insulto, la siguiente formidable acusación: «Es que nuestra mala política siempre encuentra admirables auxiliares entre ustedes; ahora mismo el Presidente Moncada de Nicaragua, pide al gobierno norteamericano que no sean retirados de su país nuestros marinos». Entonces nuestro presidente, el joven abogado Julio Figueroa, contestó que los gobiernos dictatoriales no representan legítimamente la voluntad de nuestros pueblos y, por lo mismo, careciendo de este apoyo moral para gobernar, tienen que buscar otros, uno de fuerza que es el ejército cuando olvida su verdadero papel, y otro de influencia económica que invariablemente encuentran en los Estados Unidos. Así se explica que todas las asociaciones patrióticas de nuestra América hagan un postulado de la guerra a las dictaduras, porque ellas siempre anulan la voluntad popular con el empleo del ejército convertido en instrumento de opresión, y porque venden integralmente al extranjero,—generalmente a los Estados Unidos,—las riquezas nacionales. Ejemplos: el petróleo y la plata mexicanos, el azúcar cubano, el plátano centroamericano, los metales del Perú y el aceite de Venezuela y Bolivia, amén de otros productos menores y de los monopolios fácilmente concedidos para la explotación de industrias y servicios públicos.

Nosotros, admitiendo que nuestros países necesitan la ayuda del capital extranjero para desarrollarse, nos oponemos enérgicamente a las inversiones que mal legisladas y peor reglamentadas por nuestros gobiernos, pronto conviértense en verdaderos Estados dentro de nuestros Estados y esto, gracias a la complicidad de funcionarios nacionales corrompidos y traidores. Así la mayor parte de nuestra América, un siglo después de consumada su independencia de España, viene a reconocer periódicamente su dependencia a los Estados Unidos del Norte en una vergonzosa farsa denominada Congreso Panamericano, que no es más que la Conferencia Imperial o Colonial de los Estados Unidos del Norte.

Por eso nosotros, siguiendo los consejos de nuestros sabios profesores norteamericanos, decidimos desde entonces aventurarnos en una cruzada de combate que, a través de nuestra América, hiciera resonar nuestro verbo denunciador y cantara también nuestra esperanza por la nueva liberación de la América.

La primera etapa de la peregrinación tenía que ser la Argentina, tierra que sabíamos de libertad y noblemente generosa, donde ya era un hecho palpable el arraigo de la democracia. No desconocíamos ciertamente los últimos sucesos que de-

rribaron al régimen constitucional, pero no queriendo intervenir en una lucha puramente política que era pasajera y sólo debía estar reservada a los ciudadanos argentinos, tuvimos la ingenuidad de creer que existía un verdadero gobierno provisional que se afanaba en devolver a la nación su régimen constitucional por medio del libre ejercicio democrático del voto, sistema que era una gloria para nuestra América, constituyendo, además, una de las dignísimas características argentinas.

Llegados hace unos cinco meses a Buenos Aires, seguimos con entusiasmo la lucha del pueblo que pugnaba por recobrar sus derechos, y más tarde, fuimos testigos de la inexcusable violación de su voluntad claramente expresada en las elecciones de la Provincia de Buenos Aires. Días después la Universidad de la capital era atropellada para introducir en las aulas,—que deben ser libres para ser fecundas,—las ideas absurdas de un hombre cuya educación fué admirablemente orientada hacia la disciplina, la obediencia y el mando, pero no hacia la comprensión de problemas que depasan la altura de la bien lustrada bota militar. La juventud entonces protestó y echóse a la calle a gritar su rebeldía en una huelga que tuvo que fracasar en la prisión y en el destierro.

Ahora, cuando los partidos políticos un tanto olvidadizos del resultado de las elecciones de la Provincia de Buenos Aires, escuchan la invitación del gobierno y principian su campaña electoral sin detenerles el hecho inconfundible de que impera el estado de sitio, sin dolerse de los centenares de presos políticos y de expatriados, nosotros, iberoamericanistas, creímos que podíamos también principiar a hacer oír nuestro mensaje que no es otro que el de confraternidad iberoamericana para llegar por medios prácticos a la realidad de nuestra definitiva unión económica y política. Pero bastó que los diarios anunciaran nuestros propósitos y simpatía por el partido que ahora congrega al obrero organizado, para que el señor Lugones, supremo árbitro de la libertad cívica en la Argentina, nos hiciera aprehender y después de retenernos veinticuatro horas incomunicados nos expulsara del país, como sujetos altamente peligrosos

A nuestro pesar, tenemos que convenir que el gobierno que arbitrariamente rige en estos momentos a la Argentina, se ha colocado precisamente en la posición que justifica nuestra lucha contra las dictaduras. Para tomar esa violenta medida debe haberse sentido solidarizado con Gómez, el de Venezuela, y con Machacho, el de Cuba, o quiso hacer pública su simpatía por los intereses norteamericanos que cada día crecen en su

país, cayendo así dentro de la clase de dictadores que buscan la influencia extranjera para perpetuarse en el poder.

Nosotros nos dolemos de lo sucedido, pero la actitud de un gobierno de fuerza no interpreta en absoluto al país por el cual sentimos una admiración y un amor de ciudadanos argentinos, puesto que, para nosotros, la patria principia en el Río Bravo y termina en La Tierra del Fuego. — FERNANDO ROBLES.

Montevideo, 17 de Septiembre de 1931.

UNA INTERPRETACION DE LA ESPAÑA GRANDE

(LA RIQUEZA DE SU IDIOMA. SU LITERATURA. SU HISTORIA).

QUISIERA hoy, en este artículo, inscribir, como una profesión de fe, mi amor al idioma español.

El fervor que sentí en otro tiempo por el latín, a causa de su rica variedad, su suprema sencillez, la ordenación lógica de la magistral sintaxis que nos hacía, a algunos, leer el latín con voluptuosidad, lo transporto al español no menos que al francés.

Tiene la flexibilidad, el delicado matiz del francés y su diaphanidad: pero el español presenta, en lo que a la forma y al envolvimiento de las palabras concierne, una pureza de mondadura casi perfecta. Los vocablos franceses hállanse materialmente llenos de letras anacrónicas y superfluas. Las leyes de la pronunciación, erizadas de excepciones y de trampas; estabam tentado de escribir de fingimientos, acechan al niño o al alumno. Subsisten, pesadamente demasiadas huellas de etimología en la vestimenta actual de las palabras. Hállanse recargadas con un parasitismo de historia y de gramática. Piensa uno en el pollito que conserva entre las plumas los restos del cascarón del huevo. Escribimos *longtemps* para pronunciar *lontan*: u, eut, eue, eues, se enuncian igualmente u, y mil ejemplos como éste. En el dibujo escrito del español no hay ninguna letra inútil, y en el plano sonoro, no hay ningún signo que no se tenga en cuenta. Es la línea geométrica de las arquitecturas modernas en que se cepillan todos los detalles que sólo sirven de adorno o de homenaje a la tradición, en que es necesario todo el relieve como el que existe en un disco de fonógrafo.